

Las mujeres también nos vamos al Norte, de Ofelia Woo Morales

Patricia Arias♦

En este libro, Ofelia Woo nos ofrece los resultados de su más reciente trabajo sobre un tema que ella bien conoce, al que le ha dedicado muchas horas de investigación y análisis: la emigración Mpéxico-Estados Unidos. De acuerdo con la propia autora, fue precisamente su trabajo como coordinadora del Proyecto Cañón Zapata sobre emigración indocumentada en la frontera Norte, el que le permitió captar los importantes cambios que ya se manifestaban en la dinámica migratoria, entre los que destacaba una incipiente, pero creciente e imparable, migración femenina.

La metodología aplicada en el proyecto Cañón Zapata le permitió obtener información actual y de primera mano sobre los desplazamientos femeninos, pero Ofelia quería ir más allá, y lo logró. Pensaba que era urgente indagar acerca de las mujeres que se incorporaban, sin prisa, pero sin pausa, a esa corriente migratoria laboral tradicionalmente masculina. Sólo que esta vez buscó hacerlo con un formato de investigación distinto. En el presente estudio, Ofelia Woo ha privilegiado la información cualitativa sobre la cuantitativa; es decir, hizo observaciones y entrevistó, una y otra vez, a mujeres que habían sido o eran aún migrantes. Co-

♦ Profesora investigadora del Centro de estudios Estratégicos de la Universidad de Guadalajara.

Ofelia Woo Morales, *Las mujeres también nos vamos al Norte*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2001, 143 pp.

noció sus historias y vicisitudes tanto en su lugar de origen, en México, como en Estados Unidos, su destino. Los resultados de este trabajo, realizado en ambos lados de la frontera entre 1993 y 1994, los contiene *Las mujeres también nos vamos al Norte*, cuidada edición a cargo de la Universidad de Guadalajara.

Tres interrogantes centrales guían y tejen la trama mediante la cual se organizan los seis capítulos de la obra: ¿cómo, por qué y cómo viven su situación de migrantes las mujeres que se desplazan a Estados Unidos? De esta manera, el lector encontrará en el capítulo I una revisión, actualizada y bien delimitada, de los autores, de México y de Estados Unidos, que, con diferentes enfoques, han ayudado a conocer, informar, entender y contribuir a que se entienda la emigración, añosa y actual, de trabajadores mexicanos a Estados Unidos. Ofelia lleva la revisión y la discusión hasta las dos líneas de análisis que ha escogido, las más pertinentes para orientar y desarrollar su propia exploración: las perspectivas del actor social y de género.

La manera de abordar el tema es doblemente novedosa. Ofelia ha querido estudiar los dos lados de la frontera, es decir, el lugar de origen y el destino de las emigrantes, y ha seleccionado un área y unas emigrantes urbanas, en vez de ámbitos y mujeres rurales, como ha sido lo más usual, hasta ahora, en los estudios migratorios. De este modo, Ofelia ha buscado y entrevistado a mujeres emigrantes de Ciudad Guzmán, epicentro histórico del sur de Jalisco, pero región bastante nueva en cuanto a flujo de emigrantes hacia Estados Unidos. Es decir, se trata del estudio de mujeres ciudadinas, procedentes de una ciudad media de México, que se desplazan a

un área urbana en Estados Unidos: el enorme y complejo condado de Los Ángeles. Pero, como bien expone nuestra autora, se trata de ciudades tan distantes como distintas.

Ofelia Woo ha constatado, sin duda, la reciente incorporación de Ciudad Guzmán, la tercera urbe más poblada de Jalisco, a las filas de las localidades que envían gente a Estados Unidos. Quizá no es para menos. La capital sureña, razona la autora, ha perdido una tras otra casi todas las actividades agroindustriales que dinamizaban el empleo regional y local sin que hayan aparecido quehaceres que las reemplacen. Así las cosas, en el modelo de desarrollo en el que vivimos, Ciudad Guzmán parece una ciudad “perdedora” o, si se quiere, es ahora un espacio urbano incapaz de ubicarse en los impulsos que propone o impone la globalización. Frente a esta situación, la emigración internacional, esa añosa tradición laboral del campo, parece que dio un salto, se introdujo y se insertó en un mundo urbano escaso en opciones de empleo.

El condado de Los Ángeles aparece como uno más de los conglomerados urbanos, en plena reestructuración económica y productiva. Ahí, las actividades que organizan los nuevos mercados de trabajo siguen dos líneas principales: una tendencia a la informalidad de los quehaceres, y la subcontratación y nivel de salario cada vez más precario de los empleos formales. En uno y otro, nos dice Ofelia, se ubican muy bien los trabajadores migrantes, sobre todo mujeres y hombres que pasan al otro lado sin documentos.

Quizá las cosas habrían sido de otro modo, en Estados Unidos al menos, de no entrar en escena un cambio fundamental en la dinámica migratoria:

la puesta en marcha de la *Ley Simpson-Rodino*, de la amnistía de 1986, que legalizó la residencia de 2'300,000 trabajadores mexicanos ilegales en Estados Unidos. Hay que decir que la proporción más importante de legalizados fue de jaliscienses: alrededor de cuatrocientas mil personas que representan entre 18 y 20 por ciento del total de amnistiados. Esto, como lo informa Ofelia en su texto, ha modificado radicalmente el patrón migratorio tradicional, ha desatado una dinámica, con seguridad imprevisible, quizá también inevitable, de nuevos emigrantes indocumentados.

Jorge Durand, otro estudioso de la emigración México-Estados Unidos, ha mostrado cómo la amnistía permitió que los emigrantes salieran de los espacios y actividades tradicionales de su condición ilegal y, con indiscutibles papeles en mano, empezaran a desplazarse por la geografía estadounidense en busca de mejores condiciones de vida. El resultado fue inmediato: los trabajadores legalizados comenzaron a dejar el mundo rural y las tareas agrícolas; se desplazaron a las ciudades, donde han podido empezar actividades por su cuenta, se han convertido en pequeños empresarios independientes y subcontratistas. Ha surgido así una nueva segmentación del mercado laboral, mecanismo imprescindible para garantizar la reproducción de mano de obra de bajo costo.

De este modo, y como bien dice Ofelia, la ley de amnistía no detuvo el flujo de trabajadores ilegales; más bien lo potenció y le agregó contingentes, entre los que destacan las mujeres y los jóvenes. Así, hoy día tenemos dos flujos de emigrantes íntimamente relacionados: de un lado, los indocumentados que, guiados y apoyados por viejas redes sociales, han lle-

gado a cubrir los puestos de trabajo abandonados por los migrantes legales, en especial en las tareas del campo. Del otro lado, los trabajadores legales que, en sus condiciones actuales de vida y trabajo, requieren de nuevos contingentes de indocumentados que los ayuden a mejorar su inserción en la economía y sociedad de Estados Unidos. Esta dinámica hace llegar a Los Ángeles, día con día, un flujo inagotable de indocumentadas que, con su trabajo doméstico, con el cuidado de niños, hacen posible que hermanas, cuñadas, paisanas, puedan incorporarse a mejores empleos y condiciones de trabajo.

Este es el nuevo momento y contexto en los que se ubican las mujeres que ha estudiado Ofelia. El de las emigrantes de Ciudad Guzmán que se han desplazado a Estados Unidos siguiendo diversos y, puede decirse, sucesivos impulsos: en el caso de las casadas, la reunificación familiar impuesta por los maridos y la ayuda conyugal para un mejor y más pronto regreso al terruño. Pero ella encuentra que son cada vez más también solteras las que, apelando a discursos inusitados, y hablando incluso de conflictos domésticos, de desacuerdos generacionales, buscan llegar al otro lado. Algunas se quedan, otras no.

Uno de los mejores aciertos del trabajo de Ofelia tiene que ver precisamente con las maneras en que las migrantes han aprendido a utilizar, con un nuevo significado, los códigos femeninos asignados y esperados por la cultura tradicional: ellas, aludiendo a la “reunificación familiar”, la ayuda, la obediencia al marido, han comenzado a introducir, poco a poco, sus propios intereses: sus deseos de irse de Ciudad Guzmán, sus razones para permanecer en Los Ángeles, sus motivos para buscar el retorno a su tierra.



Por lo anterior, la lectura de esta obra es imprescindible para quienes deseen conocer las transiciones que se viven en Jalisco, sus espacios, sus familias, sus mujeres. Se trata de una investigación pionera que da cuenta de la vida, itinerario y los argumentos de unas mujeres que, con su ir y venir construyen de manera paulatina el Jalisco de hoy y de mañana; de unos emigrantes, hombres y mujeres jaliscienses, inmersos de forma irremediable en un mundo de mil modos globalizado.

Historia de Teziutlán, de Manuel Rodríguez Lapuente

Jorge Alonso♦

La portada está basada en un acrílico del artista Diego Lapuente. Contiene catorce fotos históricas. El formato es muy original: 19.5 centímetros de largo, por 18 de alto. Se trata de uno de esos libros escritos con agilidad, simpatía y agudeza que, contando lo que pasó en un sitio concreto, son prototipo de lo que aconteció en muchos más lugares durante un largo tiempo. Da cuenta de las transformaciones y de las cosas perdurables. Se trata de procesos y de sus causas, en un contexto cuyos los sujetos concretos se encuentran presentes y actuantes. Se hallan también los relatos de infinidad de lugareños que pertenecen tanto a la historia local como a la vida cotidiana.

El autor, un importante jurista, filósofo y politólogo, acomete la labor de historiador con buenas bases y mejor pluma. De entrada nos dice por qué adopta el oficio de historiar: porque la historia sirve para saber quiénes somos, porque el presente es el resultado de la construcción de un largo tiempo. Artífice de una buena narrativa cuya lectura resulta muy entretenida, el autor logró asimismo lo que se propuso: comprender los acontecimientos indagando causas y ponderando sus efectos.

Combina los hechos más trascendentes con las

Rodríguez Lapuente, Manuel, *Historia de Teziutlán. Una exploración a través de 400 años*. Editorial Ducere, Teziutlán, 2001.

♦ Ciesas Occidente

situaciones de la cotidianidad, las proezas humanas con la indagación acerca de costumbres, ideas, creencias, contradicciones, luchas, organizaciones e instituciones. Por cuatro siglos, Teziutlán consigue mantener una continuidad con variaciones.

A través de esta obra cuyo autor está atento al contexto mundial, nacional y regional, los lectores conocerán el devenir de la ciudad y de la región en la que se encuentra. Bastante cuidadoso en dar cuenta de la población indígena, de sus barrios, de sus fiestas, de su organización, el autor nos permite entender la trama de la vida local que fueron tejiendo mestizos, criollos y una gran variedad de extranjeros. Entre todos construyeron un intrincado transcurso de existencias y de relaciones sociales que el autor fue sacando del fondo del olvido. Una constatación importante del lugar es que no se dio propiamente una explotación de la mano de obra indígena, aunque opresión, sí la hubo, pues de otra forma no se explican las esporádicas rebeliones indígenas.

Una vez expuesto el complejo entorno social, el autor aborda la fundación del asentamiento, en el que, dice, los accidentes geográficos no permitieron que se formaran grandes propiedades. A vuelta de página nos enteramos de quiénes fueron los primeros vecinos, cuáles las primeras ermitas, qué hicieron los primeros clérigos. A grandes rasgos sabremos cuál fue la colonia en esa zona, para adentrarnos luego en los pormenores relacionados con la integración del pueblo. El autor articula poco a poco leyendas y realidades que convergen o se entrelazan con las construcciones que fueron emergiendo. Para entender el proceso histórico y evolución de Teziutlán es necesario profundizar en su vocación comercial. El autor indaga en los viejos padrones, y su investi-

gación vuelve comprensible y familiar el crecimiento de la población en Teziutlán y, paralelo a ello, los avances en la educación. Su desglose avanza por la turbulenta vida independiente, hasta llegar la intervención de los franceses, para quienes esta región tenía un extraordinario valor estratégico por su ubicación. Problemas, construcciones, relaciones políticas y militares pasan como imágenes propias de una película de suspenso por la mente de los lectores. Las relaciones entre el gobierno poblano y el central con la población son escudriñadas con meticulosidad. Una suma de fuerzas e intereses encontrados configuran un ambiente convulsionado. Las manifestaciones de autodeterminación que surgen y que son rechazadas por las autoridades, son solucionadas por éstas de manera acomodaticia al nombrar personas aceptables para los vecinos. La lucha contra los invasores les valió a los serranos teziutlecos mostrar su valentía. En lo político, se fortalecieron y crearon el “partido de la montaña”, que compitió en Puebla con el “partido de las llanuras”. Los conflictos abundaron. En la sierra se presentaron la anarquía y el bandolerismo hasta que llegó la paz porfiriana. El autor examina con cuidado también la importancia de esa sierra poblana para la región veracruzana de Tierra Caliente. Durante mucho tiempo sirvió de enlace de la zona de Papantla con el centro del país. Por cuestiones climáticas, los hacendados de Tierra Caliente preferían que sus familias vivieran en la fresca Teziutlán. Se dan las razones por las cuales a finales del siglo XIX hubo un importante desarrollo económico local sustentado en el comercio. Se construyeron edificios importantes, se le dio una nueva nomenclatura a las calles (como sucedió en todo el país), llegaron las

innovaciones de la técnica como el telégrafo, el teléfono y el ferrocarril. En la ciudad se empleaban los tranvías tirados por mulas; llegan los primeros automóviles, y después los autobuses que desplazaron a los viejos tranvías. Todo esto va siendo narrado con precisión y sentido crítico. Llegó también la electricidad. Las construcciones transformaron el paisaje urbano: se construyeron hospitales, se renovó la parroquia, se hizo un casino, se acondicionó el Palacio Municipal, y apareció el mercado junto a la plaza principal. Aumentaron las escuelas y sus alumnos. Una base económica importante fue la mina La Aurora, pero también hubo una cigarrera, y llegaron los bancos. El autor refuta el estereotipo de que en los pueblos lluviosos y fríos la gente es muy retraída. En Teziutlán había muchas fiestas, había teatro y llegó el cine. Por temporadas los lugareños gozaban de funciones de circo y de corridas de toros. A la revolución se unieron algunos teziutlecos. La influencia socialista marcó parte de Teziutlán. La ciudad se dividió económica e ideológicamente. Con el asesinato de Madero y el ascenso de Huerta, la situación fue calamitosa para Teziutlán. Las fuerzas federales se apoderaron de la plaza y fueron asediadas por los revolucionarios, hasta que triunfaron estos últimos. El autor constata las divisiones entre los triunfadores y sus implicaciones en la región. Algo similar había sucedido en el siglo anterior. En 1915, por un día Teziutlán fue la capital del país, cuando en su huida Carranza se asentó en dicha ciudad.

Los problemas económicos de la mina repercutieron en la localidad. La influenza española cobró más vidas que la revolución. Muchas familias se fueron a vivir a Puebla y a México. No obstante, la locali-

dad se defendía. Se editaba ahí un periódico, y la emigración fue compensada por la inmigración de comerciantes. La polarización local siguió. La turbulencia política no cesaba. En un solo año hubo ocho presidentes municipales.

Grandes personajes de la vida nacional nacieron o vivieron en Teziutlán. A lo largo del libro el autor da cuenta de los grandes y de los no tan renombrados. Entre los primeros, se puede contar al padre de Clavijero, y al padre de Santa Ana. Entre los destacados del siglo XX se encuentran Vicente Lombardo Tledano y los hermanos Ávila Camacho. A cada uno el autor los sitúa en su época y en su influencia en la localidad. Con gran detalle sabemos de los conflictos teziutlecos que dieron pie a la caída de un gobernador poblano. También nos enteramos de las medidas reales y simbólicas para diluir el encono entre las partes que correspondían a sentimientos clasistas. El conflicto religioso también se dejó sentir en Teziutlán, pero aún más la denominada segunda cristiada. El autor cuenta cómo se pudo volver a la paz. También ofrece una síntesis de la organización eclesiástica que se fortalece cuando se hace la diócesis de Papantla, cuya sede se erige en Teziutlán. En la obra también se da cuenta de elementos culturales como obras de teatro, revistas literarias y la música. Lo relacionado con la estructuración económica, y sus altibajos son también puntualmente estudiados. El autor explica cómo se construyó el modelo que denomina hacendado-comerciante-financiero. Pese a sus quebrantos por el conflicto armado, vuelve a tener oportunidades en la década de los treinta. En esto influyó el mejoramiento de la infraestructura de carreteras y la combinación de los créditos ofrecidos por los bancos y las viejas prácticas de financia-

miento entre particulares. Nos quedamos con las ganas de que se exploraran las relaciones usureras. Una buena coyuntura para la recuperación fue que en la segunda guerra el capital financiero buscó refugio en México. La región se impulsó con la producción de vainilla, azúcar, café, tabaco y ganado. Pero esto era más bien de la zona caliente, a cuya clase pudiente Teziutlán le ofrecía resguardo habitacional. Con el mejoramiento de campañas sanitarias y nuevas técnicas, esto ya no fue necesario; las comunicaciones por carretera cambiaron de rumbo, y Teziutlán resultó afectado. Un cuidadoso recuento del lento crecimiento de la población ofrece la explicación de que la localidad era más bien expulsora de mano de obra. Aunque a mediados del siglo XX Teziutlán parecía condenado un simple centro comercial secundario, vino una nueva generación de empresarios que se insertaron en la dinámica de la globalización.

Los grandes aciertos del relato histórico son la agudeza con la que el escritor muestra las relaciones sociales y sus contradicciones, un estudio de largo aliento que no pierde de vista a los actores concretos, todo lo cual hace de este libro un magnífico ejemplo de cómo combinar las mejores tradiciones en el quehacer de la historia.

Redescubriendo al ciudadano en la arena pública

Jaime Preciado Coronado♦

En la tragedia humana y en la resistencia frente a la impunidad, descubrimos una sociedad civil actuante y a ciudadanos portadores de demandas antiautoritarias. Los últimos quince años del siglo XX mexicano dejaron ver nuevas formas de solidaridad humana en los temblores de la ciudad de México, tanto como exigencias sobre la rendición de cuentas de autoridades que no estuvieron a la altura de las circunstancias trágicas de aquel 19 de septiembre, y que tampoco cuidaron la aplicación de las normas técnicas en la construcción de viviendas y edificios, particularmente en los construidos por el sector público, que mucho habrían contribuido a contrarrestar los efectos mortales del desastroso temblor. Siete años después, el 22 de abril, en Jalisco redescubrimos al ciudadano solidario en el dolor y exigente en el deslinde de responsabilidades; en esta ocasión fallan las autoridades locales: no oyen las recomendaciones técnicas que sugerían el desalojo de los habitantes del sector Reforma amenazados por la presencia de gasolina en los colectores del drenaje y no aceptan sus responsabilidades en ello. Lejos de asumirlas, crean redes de complicidad con el gobierno federal que no han permitido aún la plena y definitiva solución de

♦ Profesor Investigador del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos de la Universidad de Guadalajara

De la Torre René y Juan Manuel Ramírez Saíz, *La ciudadanización de la política en Jalisco*. ITESO, Guadalajara, 2001.

las demandas de los afectados por la explosión, a pesar de los esfuerzos de autoridades que ganaron en 1995 una legítima alternancia.

En esa alternancia y en la democratización del sistema político y de instituciones públicas, también hemos redescubierto al ciudadano que, rompiendo el coto de los intereses privados, actúa en la esfera de lo que identifica como intereses generales. En 1988, diversas instancias ciudadanas acompañan las demandas democratizadoras sostenidas por la oposición —de izquierda y derecha— al régimen de partido de Estado. Es así como una oposición partidista, vitalizada por ciudadanos inconformes con las expresiones autoritarias del fraude electoral y que luchan por la defensa del voto, empieza a modificar el mapa político del país con la alternancia en los gobiernos locales, hasta llegar a la presidencia de la república. Esta vinculación entre ciudadano y política descubre su fuerza en la arena pública, la cual se traduce en esfuerzos organizativos de grupos cívicos; unos de ellos se desdibujan al cumplir sus objetivos; otros se institucionalizan o institucionalizan una mirada ciudadana en diversos organismos públicos estatales y no estatales.

De aquí surge una pregunta, cuyas repercusiones aún no terminamos de encontrar: ¿Cómo han influido las iglesias, particularmente la católica, esa arena pública de la ciudadanía? ¿Cómo se han visto influidas por esas demandas ciudadanas? El nuevo marco de las relaciones entre Estado e iglesias es inexplicable sin que redescubramos la irrupción de estas últimas en la sociedad civil: en la democracia electoral, en la reorientación de su pastoral social, en la defensa pública de sus valores e ideología.

El crimen y la impunidad también han contribui-

do al redescubrimiento del ciudadano activo demandante de justicia, del esclarecimiento de los hechos y auténticamente preocupado por la vigencia del Estado de derecho. La vinculación de los gobiernos priistas con cientos de asesinatos políticos de militantes de organizaciones civiles y partidistas, así como con presuntos crímenes de Estado en el caso de jefes políticos y del cardenal Posadas, originó el surgimiento de organismos no gubernamentales, defensores de derechos humanos y de múltiples voces colectivas —particularmente destacadas en el caso de Jalisco— que demandan procuración de justicia frente a asesinatos no debidamente aclarados.

En menor grado, pero no por ello menos importante, la esfera de la ciudadanía se descubre en la resistencia contra las injusticias del mercado, como la pobreza y la desigualdad social, y en la fundación de utopías que se proponen crear alternativas al neoliberalismo en el ámbito del gobierno, de la rendición de cuentas, del ejercicio deliberativo de la democracia que tiene relación con la vida cotidiana, tanto como con el sentido de futuro, el combate de la desigualdad social y la equidad de género.

El redescubrimiento de esas nuevas dimensiones de la arena pública en que actúa el ciudadano jalisciense es una de las contribuciones del libro *La ciudadanía de la política en Jalisco*, coordinado por Renée de la Torre y Juan Manuel Ramírez Saiz. Esta obra, que agrupa la contribución de diversos académicos, un periodista y un político profesional, podría caracterizarse por ser testimonial, pues los autores —destaca Renée como la única mujer entre ellos— han sido protagonistas de las experiencias que analizan. A pesar de estar involucrados en el tema, pero también gracias a ello,

sus reflexiones son honestas y bien documentadas; están escritas con rigor y en apego a los hechos que analizan. En ellas se combinan la narración amena y el análisis reflexivo, en su mayoría hacen un balance crítico del aspecto estudiado.

Aunque el aparato teórico con el que construye su capítulo cada autor es desigual —unos lo explicitan, en otros aparece de manera subyacente—, los coordinadores de la obra se encargan de darle una dimensión teórica y metodológica coherente al conjunto de los trabajos presentados. En la Introducción al libro, registran las contribuciones ciudadanas al cambio operado en la cultura corporativista y clientelar del régimen político, constatan el relativo pluralismo alcanzado mediante el respeto al voto y el sometimiento de la representatividad a las fuentes de legitimidad que otorgan los ciudadanos, en las que destacan esos “pequeños procesos cotidianos” que están más allá de las grandes políticas o de las posturas partidistas. Reconocen que el triunfo de la democracia electoral abre nuevas esperanzas a la democracia participativa; un triunfo que, sin embargo, no es definitivo, pues Jorge Alonso nos pone en guardia sobre la persistencia de la compra y la coacción al voto, que está vinculada a la falta de supervisión eficaz de las autoridades electorales, en el capítulo dedicado a la ciudadanización de los organismos electorales.

Con el objetivo de aclarar el sentido del libro respecto de los proyectos, esfuerzos y acciones ciudadanas emprendidas para la democratización política en Jalisco, los coordinadores hacen una definición documentada del concepto de ciudadanía: “Forma de acción colectiva, que se caracteriza por demandar una cultura política democrática y antiauto-

ritaria” (Olvera); individuos que “se organizan de manera libre y con autonomía del Estado y el mercado” (Cohen y Arato). Los rostros múltiples de ciudadanía que proponen identificar Renée y Juan Manuel, se refieren a la democracia participativa, igualitaria tolerante e inclusiva en la recreación del poder. Un poder ciudadano que “está íntimamente ligado a la cultura de los derechos humanos, que tiene su base en la defensa de los intereses básicos (políticos, individuales, culturales y sociales) de los ciudadanos frente al abuso del poder de las autoridades”, que se propone invertir la concepción tradicional de la arena política, al ofrecer “la perspectiva de los gobernados y no la de los gobernantes, y valora la acción política del derecho y no la del deber”, siguiendo a Bobbio.

La estructura del libro está organizada en tres partes: la primera: “Experiencias locales de ciudadanía política”, aborda el ámbito rural y urbano de la ciudadanía; una se refiere a la construcción de la Organización Campesina Independiente de Jalisco Manuel Ramírez y su incidencia en la apropiación del proceso productivo, su evolución hacia el ámbito político que llega a conquistar el gobierno municipal de Cuquío, desde 1992 hasta la actualidad, bajo las siglas del PRD, y sus logros y desafíos en torno al proceso de organización social. Ignacio González y Guillermo Díaz, académicos y a la vez asesores de esa organización campesina, a través de ACCEDE, una ONG promotora del desarrollo y de la democracia participativa, analizan la configuración de lo que podríamos llamar una identidad de proyecto, a través de la influencia cultural y religiosa y el papel de los asesores externos en la formación y capacitación para apropiarse colectivamente

el proceso productivo, la incidencia en el gobierno municipal mediante alianzas con el PRD y la neutralización del cacicazgo priista, así como la recreación de entidades ciudadanas que acompañen la formulación, ejercicio y evaluación de las políticas municipales.

En el ámbito urbano, David Velasco trata el caso ciudadano de resistencia frente a los efectos empobrecedores del neoliberalismo, ilustrando la manera en que la lucha por un terreno se convierte en eje organizativo que desemboca en la arena pública: la defensa del voto, la participación en la elección de puestos representativos y la gestión de los intereses ciudadanos que agrupa la Unión de Colonos Independientes del Cerro del Cuatro. Su análisis se centra en la lucha contra las experiencias de relación clientelar y corporativa que ha impuesto el PRI en el medio urbano popular, el declive de liderazgos tradicionales y el relevo que significa la presencia de jóvenes que van adquiriendo conciencia ciudadana. Destaca los efectos contradictorios del Pronasol entre el PRI local y el proyecto salinista refuncionalizador del respaldo popular, así como la inconsistencia de las políticas urbanas del gobierno municipal panista en la promoción de comités de participación ciudadana, que no logran desterrar prácticas corporativas.

La segunda parte del libro *Redes ciudadanas y organismos bisagra prodemocráticos*, reúne el estudio de la trayectoria seguida por cuatro organismos de inspiración ciudadana y el caso de tres mujeres que han desempeñado un papel relevante en la democratización política jalisciense. Varias discusiones que actualmente son decisivas para el futuro

democrático en la región y en el país, atraviesan esta parte de la obra:

La vinculación entre la democracia y la defensa del voto es documentada en la reconstrucción del proceso de constitución de la Asamblea por la Defensa del Sufragio Efectivo, Sección Jalisco, por Diego Petersen, de una manera ágil y amena; destaca la búsqueda de un centro político inclusivo que fue capaz de reunir a ciudadanos pertenecientes a las oposiciones de izquierda y derecha en el país y en la región, alrededor de un proyecto común de transición del régimen de partido de estado a un sistema de partidos competitivo; al papel de los medios impresos y particularmente de la radio. Esta asamblea logró tener un cómputo independiente de los resultados electorales de 1988, y se convirtió en espacio de denuncia de irregularidades en la jornada electoral. El FDN convocó entonces a 22 por ciento del electorado, y el PAN conquistó los municipios metropolitanos. Había condiciones para crear esta convergencia, de fugaz aparición e irrepetible experiencia.

Ligar la democracia electoral con la utopía del cambio político y las demandas de justicia y equidad social es un tema analizado por Jorge Narro en el caso del Movimiento Ciudadano Jalisciense. La apuesta por un proyecto de centro izquierda en la región es propiciada por la demanda compartida entre un movimiento nacional de ciudadanos que inspira a diversos intelectuales y organismos civiles de Jalisco que se venían ciudadanizando al calor de nuevas formas asociativas: el Foro Académico, donde se reunieron destacados universitarios; diversos grupos ligados con el 22 de abril, las comunidades eclesiales de base y distintos proyectos de edu-



cación popular, encabezados por el IMDEC. Aunque se concibió un proyecto plural, incitador de formas democráticas participativas, y se trató de construir nuevos canales de comunicación entre ciudadanos y gobierno, este movimiento se desdibujó al arribo del gobierno de alternancia.

La construcción de la ciudadanía política en el marco de la reconversión de la izquierda a los valores democráticos electorales propició un aporte ciudadano en la lucha por la defensa del voto, a través de la observación electoral y la capacitación cívica. Alberto Chávez analiza la experiencia de Alianza Cívica en Jalisco y el enriquecimiento de la democracia participativa que ella propicia a través de consultas ciudadanas sobre temas estratégicos en las coyunturas electorales, o a través del Referéndum de la Libertad, o de programas que llaman a la rendición de cuentas y contra la corrupción, como fue el “adopte un funcionario”. Se trató de rebasar la mera dimensión política de los ciudadanos en beneficio de una ciudadanía multidimensional.

Fernando Guzmán, fundador del DHIA en Jalisco, hace una reconstrucción cronológica de esta asociación. Entre los temas que trata surgen varias de las preguntas cuya respuesta nos ayuda a entender mejor al Jalisco y al país actuales: democráticos en lo electoral, conservadores en su cultura política y deficitarios en la dimensión social de la ciudadanía. Pero, también nos permite revalorizar el aporte democrático de la derecha, y los rasgos de la nueva relación entre ciudadanos y gobierno. No podemos explicarnos la liberalización política de México sin la desobediencia civil que este organismo, en cooperación con otras manifestaciones ciudadanas de derecha, levantó en los cambios de gobierno mediante

elecciones. Tampoco podemos entender el neopanismo y la irrupción de candidatos empresarios a puestos de elección —incluyendo el fenómeno ¿ciudadano? que representan los amigos de Fox—, sin comprender su influencia sobre el sistema político que se construye en el México actual.

Un debate central del libro está planteado en el capítulo al alimón de Renée de la Torre y Juan Manuel Ramírez en torno a la trayectoria de tres mujeres: Conchita, una anciana de Acción Católica que impulsa contenidos democráticos en el proyecto neopanista de inspiración social cristiano; Ana María Arias, fundadora del Grupo Cívico Apoyo al Cambio, que proviene de experiencias de denuncia contra la impunidad, como las Damas de Negro, o Una Sola Voz, que señalaron temas de inseguridad pública y se pronunciaron por el esclarecimiento del asesinato del cardenal Posadas; una mujer que tiene activa participación en la defensa del gobierno cardenista en Jalisco, y Marisela Moguel, candidata al gobierno de Jalisco en 2000, que tiene una activa participación en el Círculo de Mujeres por México y para México, fundado para apoyar la campaña de Colosio y que sigue actuando en capacitación cívica y formación de opinión ciudadana. Los límites entre conservadurismo y liberalismo; entre ética, moral y democracia, dan elementos para problematizar las múltiples ciudadanías en las que actúan y le dan al debate sobre género una dimensión particular

Por último, en la tercera parte del libro *Institucionalización de los esfuerzos ciudadanos*, Jorge Alonso hace un detallado estado de la evolución de las instituciones responsables de las elecciones y recoge los aportes de la ciudadanización de los organismos electorales; sin negar los efectos perversos

sos de la “partidocracia” que ha repartido por cuotas la designación de los ciudadanos Consejeros, hoy transformados en consejeros electorales, y las limitaciones impuestas por la concentración de los controles políticos en alguna figura de los gobiernos locales. Víctor Ramos trata el caso de los talleres por la democracia organizados por el arzobispado de Guadalajara en distintas fechas electorales. Su trabajo muestra los débiles límites entre la labor “iluminadora” de la realidad temporal y el condicionamiento del voto que puede ejercer una institución tan poderosa como la Iglesia católica. Asimismo, ilustra el grado de institucionalización que una visión, potencialmente ciudadana, ha seguido en el pasado reciente: de la simpatía por un proyecto que enfatiza la justicia social, como sucedió entre 1988 y 1992, a la empatía por un proyecto político que enfatice la doctrina social de la Iglesia, sobre todo en su dimensión axiológica.

¿Hacia dónde apuntarían otras reflexiones que abre este libro? Si bien en Jalisco tuvimos una Comisión Estatal de Derechos Humanos que cuidó su sintonía con las demandas ciudadanas, los aportes regionales de los organismos no gubernamentales dedicados a la promoción y respeto de esos derechos falta por documentar. Por otra parte, sigue faltando un balance crítico de los eventuales aportes y limitaciones abiertas al debate ciudadano por el grupo Universidad de Guadalajara. Otra dimensión que apenas aparece en el libro es sintomática del poco peso que los ciudadanos otorgan a la dimensión internacional; más allá de las consideraciones que hace Fernando Guzmán sobre la necesaria internacionalización de los derechos humanos, en la Comisión Interamericana, y de la lucha democrática

mundial —que, por cierto, llevó a su agrupación a prestar un activo apoyo al Talibán antisoviético— sólo encontramos una mención sobre la resistencia activa del campesinado frente al impacto empobrecedor del TLC, en el caso de la OCIJ.

La ciudadanización de la política en Jalisco es un libro que hace reflexionar profundamente sobre el asalto de los ciudadanos a la esfera pública y sobre sus contribuciones para la democratización. La institucionalización de la ciudadanía y la ciudadanización de las instituciones ha sido soportada por algunos organismos que hoy ya no existen, porque cumplieron con su misión o porque sólo sabían vivir en la oposición. Sin embargo, persisten la resistencia, los proyectos y los ciudadanos que buscan integrar la ciudadanía múltiple con sentidos y valores compartidos.